

Venido del Espacio por R.D.G.

Rabia

No entres dócilmente en esa noche quieta.

Rabia, rabia contra la agonía de la luz.

Dylan Thomas

En el centro de París ya nunca amanecía. La niebla de esporas se extendía sobre los tejados dificultando la visión y cubriendo todas las superficies con una capa esponjosa que ponía nerviosa a Nathalie. La llovizna, persistente e incomoda, empeoraba aún más la situación. Un paso en falso en aquella azotea y los engendros no tendrían que darle caza, les caería del cielo. Con tan solo diecisiete años, la muchacha había vivido mucho más que otros de su edad. Eran tiempos difíciles y todos, incluso los niños, tenían en la mirada más experiencia de la que deberían.

Su misión era sencilla, acercarse lo más posible al Campo de Marte y observar cualquier cambio en la enorme aberración que crecía allí. La planta, si es que lo era, alzaba su forma bulbosa casi doscientos metros hacia el cielo y estaba cubierta de rugosidades y nervaduras que parecían latir de forma enfermiza. Con una regularidad desesperante cumplía su ciclo: temblaba, se hinchaba y tras unos segundos de pausa lanzaba al cielo un espeso chorro de gas, llenándolo de nubes infecciosas. Eiffel se habría sentido aterrado al descubrir esa... cosa compartiendo el espacio junto a su torre.

No había ninguna señal, ni fuego, ni una mísera columna de humo. Nathalie suspiró. En el fondo de su corazón esperaba que Alain y los demás hubiesen tenido éxito. Su plan era conducir un viejo camión de reparto cargado de bidones de gasolina y toda la dinamita que habían podido conseguir, esquivar a las criaturas apiñadas junto a la planta y estrellarlo contra su base. Quizá haciéndola arder el aire se volvería más respirable y volvería la luz del sol a París.

Pero no había ni rastro de ellos. Bajó del tejado con precaución. Aquellos edificios llevaban abandonados bastante tiempo, pero quién sabe qué nuevos inquilinos podían tener. No sería la primera vez que un cadáver viejo y reseco surgido de la nada le daba un susto de muerte. A la altura de la calle echó una ojeada rápida. Salió pegada a la pared. Carreras cortas y rápidas, era lo que le habían enseñado. Ella no podía hacer como Christophe, el niño que les servía de correo, y esconderse en las tuberías hasta que pasase el peligro. Tampoco quería hacerlo. Si fuese por ella, prendería fuego a toda la ciudad, lo que fuese por recuperarla. Como para poner punto final a esos pensamientos, sujetó con fuerza su Mauser y corrió de nuevo.

Le faltaban un par de calles para llegar a Montparnasse y ya empezaba a ver las barricadas. Allí sobrevivían

varios cientos de personas, menos cada día, carroñeando, saqueando, escondiéndose. Se llamaban a sí mismos “la Resistencia” pero rehuían el enfrentamiento directo porque la perspectiva de combatir contra un enemigo que no siente dolor, miedo o frío no atraía a nadie. Sólo Alain, valiente hasta el absurdo, había defendido que la única alternativa antes que dejarse matar poco a poco era un contraataque. El comité había votado en contra de su plan, pero él ignoró su decisión y lo preparó por su cuenta, ayudado por otros que pensaban como él.

Las escapadas en busca de piezas para reparar el camión y combustible se habían sucedido día tras día. Si alguien sospechaba, no lo dijo. Todos miraron para otro lado, quizá confiando en que las dificultades les desanimarían, o deseando en el fondo que tuviesen éxito. Hasta que esa misma noche, cuando Alain había llevado a Nathalie aparte y le había contado su secreto. Tendría que comunicárselo a los demás, por si no volvían. A su madre, a su hermano, a las familias de los demás, al comité. Confiaba en ella para hacerlo. Se despidió dándole un beso en la frente.

Al pie de la barricada principal, miró a su espalda. Ni siquiera podía ver el final de la calle a través de los bancos de esporas en suspensión y la lluvia. Le pareció escuchar el eco de unos estampidos en la lejanía.

- ¡Nathalie! ¿Qué haces ahí fuera? - gritó uno de los centinelas desde lo alto de la muralla de restos - ¡Sube de una vez!
- ¿No has oído nada? - le respondió ella.
- ¡No! ¡Sube antes de que atraigas a esos malditos zancudos!

Nathalie se tocó la frente y miró de nuevo hacia el final de la calle. Corrió, esta vez sin preocuparse por si la veían. Los gritos de los centinelas la acompañaron hasta que dobló la esquina, pero en su cabeza sólo resonaban unos disparos distantes, que quizá no significasen nada. Pero no podía quedarse sin saberlo.

Conocía el lugar desde el que había partido Alain y la ruta que debería haber seguido. La avenida estaba despejada y nadie la molestó durante el trayecto. Por el rabillo del ojo creyó ver siluetas siguiéndola, pero pronto desaparecieron. Quizá en los deformes cerebros de los zancudos no cabía la idea de un humano corriendo de cara hacia el peligro.

En su trayectoria por la carretera paralela al Sena, el camión había chocado contra la esquina de un edificio, seguramente después de intentar esquivar a alguna de las criaturas que vagaban por las calles y se lanzaban contra todo lo que se movía. Mientras corría Nathalie vio a Alain y varios más encaramados en el techo del vehículo, vaciando sus armas contra la horda creciente de manos como garras que trataban de alcanzarles. Ojos vacíos, bocas babeantes. Una pila de cadáveres se extendía a sus pies, demostrando que habían decidido vender cara su piel. Se detuvo, alzó su rifle y apuntó con cuidado. Sintió el familiar golpe contra el hombro y el sonido de su disparo se mezcló con el caos de la lucha. Uno de los monstruos, el más cercano a los

supervivientes, cayó con la cabeza reventada. Recargó y colocó a otro de los seres en su punto de mira. La segunda detonación llamó la atención de Alain, que alzó la vista. Había cambiado su fusil, inútil ya, por un machete y un revolver. Al verla parada al final de la calle en su rostro se mezclaron la alegría y el miedo.

– ¡Por Dios Nathalie, sal de aquí! - gritó.

Al abrir fuego Nathalie había llamado la atención de varias de las bestias, que se alejaron del camión para ir en su dirección. Sabía que no podría contenerlas mucho tiempo, pero quizá sí el suficiente para abrir una brecha por la que los demás pudiesen escapar. Eso se decía a sí misma. Dio un paso hacia atrás mientras disparaba a la más cercana. La enorme planta que habían ido a destruir seguía recortándose burlona contra el oscuro cielo, y eso era quizá lo que más le dolía, morir a sus pies sin haber podido siquiera arañar su superficie.

Un grito la sacó de sus pensamientos. Luc y Alain, los dos únicos supervivientes que quedaban sobre el camión, habían intentado saltar por encima de la marea de cuerpos con un resultado desigual. Alain había caído y rodado fuera del círculo cercenando brazos y piernas y vaciando su revolver a su alrededor, pero su compañero no había tenido tanta suerte y ahora se debatía entre los engendros. Nathalie disparó su último cartucho y se quedó inmóvil en medio de la calle, con la mirada perdida.

Alain la alcanzó antes de que pudieran tocarla. Se abrazó a ella, cerró los ojos y esperó lo inevitable. Unos dedos fríos tiraron de su chaqueta... .

Un sonido extraño llenó el cielo, obligándole a alzar la vista. De entre las nubes surgió un brillante punto rojo, un avión que se lanzó en picado hacia la avenida, disparando sus ametralladoras gemelas por encima de ellos, hacia el camión cargado de gasolina. Las balas perforaron la chapa y prendieron el combustible, que estalló en una bola de fuego abrasadora. Los cuerpos, vivos o muertos, quedaron envueltos en llamas. La ciudad se iluminó por un momento.

Alguien les tendió una mano y les ayudó a salir de las fangosas aguas del Sena. Alain no sabía cómo había llegado allí, quizá la propia explosión les había arrojado al río, o un movimiento reflejo en el último segundo les había salvado la vida. Miró al extraño, ataviado con una gorra, una casaca militar e insignias que no reconoció. La mitad de su rostro estaba vendada, pero sonreía como un niño. Le acompañaba un perro enorme. Con un francés con fuerte acento alemán, se presentó:

– Mi nombre es Manfred Von Richthofen.

